

JAIM ETCHEVERRY, G. (1999): *La tragedia educativa* (Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica), 231 pp.

Cualquiera que encare la lectura de este libro comprenderá inmediatamente por qué han ido agotándose, una tras otra, las impresiones y reimpressiones que de él se han hecho, y por qué, siendo como es un libro de educación (temática que suele vender poco), se ha situado entre los ensayos más vendidos en Argentina. Lo mismo hubiera pasado en cualquier otro país, incluido España, porque el libro no alude, además, a problemas que pudiéramos considerar específicos de aquel enclave, sino comunes a otros muchos.

Cualquiera que tenga la paciencia de afrontar sólo sus dos o tres primeras páginas, que no es demasiado, se sentirá inmediatamente atraído por la pluma fácil y, lo que es más importante, por el peso de las ideas que Jaim Echeverry maneja con envidiable soltura.

El primer capítulo, de los cuatro que componen la obra, tiene aspiraciones diagnósticas (no en vano su autor es médico y catedrático, y fue, durante años, decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires), proporcionando una imagen bastante certera de la situación en que se halla la educación, no sólo, como digo, en Argentina, sino en otros variados países que comparten con esa querida nación comunes vínculos culturales. Ya el primer rasgo que denuncia resulta de lo más sospechoso: que los padres abominan del sistema educativo en general, pero que parecen encantados con el trocito de tarta que le ha correspondido a su propio hijo. No he podido menos que recordar, al leerlo, lo sucedido en España cuando elaboramos el Diagnóstico general que publicó el INCE en 1998. También los padres españoles opinaban, en abrumadora mayoría, que estaban contentos con la marcha escolar de sus hijos, siendo el caso que muchos de esos hijos estaban en situación de claro fracaso escolar o casi. Ya se ve que esto de estar en Babia, en relación a los hijos, no es algo que afecte sólo a los padres españoles. Tomando como base esa contradictoria sensación, Jaim afronta con mano firme datos menos discutibles, como son los proporcionados por diversas evaluaciones oficiales llevadas a cabo en aquel país (como pudiera ser igualmente en el nuestro), para dejar bien sentado que el sistema educativo marcha, en efecto, remata-

damente mal, y que merece él de sobra todos los suspensos (reprobaciones, dice el autor) que carga sobre los hombros de alumnos y alumnas. No es cuestión de reflejar aquí las muchas cuestiones candentes que este capítulo aborda, porque lo que trato es de animar a la lectura del libro y no de suplirla, pero sí quiero dejar constancia de una insistencia importante del autor: la relativa al maltrato —económico, social y formativo— que ordinariamente se dispensa al profesorado, y que sin duda se halla al fondo de muchas de las deficiencias encontradas.

El segundo capítulo es aún más generalizable, porque, al intentar responder a la pregunta de qué espera hoy la sociedad de la escuela, el autor no hace más que reflejar expectativas que podemos descubrir *urbe et orbe*. El problema de fondo, bien denunciado, es que, en realidad, la sociedad no sabe exactamente lo que espera, lo que desea, lo que está dispuesta a sugerir o a reclamar. La sociedad, quizá como los padres individualmente, se maneja en medio de un considerable magma de ideas y contraideas, de valores y contravalores, de aspiraciones altas y trivialidades ramplonas. Es lógico que, ante tamaña confusión de objetivos, la educación formal se empeñe en ensayar soluciones variopintas, expuestas en el tercer capítulo, que pasan por la pretensión de ofrecer enseñanzas «útiles», de montar espectáculos capaces de competir con la televisión, de resultar «divertida», y muy especialmente de apostar por las modernas tecnologías, por aquello de que hay que modernizarse. Gran espacio dedica Jaim a este último punto, discutiendo con gracia los pretendidos efectos benéficos del ordenador en la educación. Piense el lector lo que piense, las reflexiones de Jaim le harán replantearse más de un supuesto.

El cuarto capítulo es, pedagógicamente, más ambicioso, y podrá suscitar por lo mismo mayores reservas en determinados lectores. Aun así, los para-qué que plantea (para qué educar, para qué los maestros, para qué la lengua, para qué el libro, etc.) están bien trabados y fundamentados, con respuestas quizá no muy elaboradas, pero sí expresivas y, lo que es más importante, siempre sugerentes y abiertas a un debate enriquecedor. Como en el resto del libro, las observaciones agudas menudean. Un botón de muestra: «que las computadoras tomen el lugar de los libros de texto constituye un travestismo cultural injustificable».

Un epílogo, rotulado de «mensaje hacia el futuro», pone término a estas páginas. Como en el resto del libro, numerosas citas se acumulan en él, acreditando que esta obra, de lenguaje periodístico y llano, cuenta sin embargo con un autor

de envidiable poso cultural. Particularmente reconfortante resulta el hecho de que los párrafos finales vengan dedicados a postular el «regreso del maestro» y «la experiencia de la escolarización no trivial»: la conversión de la escuela «en ese singular baluarte de la resistencia cultural en el que se defiende lo humano». Apasionante tarea, en este escenario de tragedia. Que es tragedia sin duda, pese a la amenidad con que el autor la presenta.

*José Luis García Garrido*

UNED